

CAPÍTULO I

El hombre es social por su esencia

EN 1755, la Academia de Dijon sometió a examen la siguiente pregunta: «¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres? ¿Está autorizada por la ley natural?».

Huelga decir que esta pregunta estaba mal planteada, puesto que todos los niños saben que es la sociedad la que ha producido la desigualdad de condiciones. De hecho, ‘qué es la *ley natural*’ fue objeto de otra pregunta aparte.

Habría, pues, que preguntarse: *¿Cuál es el origen de la sociedad? ¿Y es el hombre social por naturaleza?*

Pero esta pregunta se parecía a tantas otras que las Academias proponían por pura formalidad, de las que ni se acordaban al día siguiente ¡y que quizá ni leyera el secretario!

Sea como fuere, Rousseau se apropió de esta cuestión, hecha expresamente para él. Todo aquello que era oscuro, que no tenía un significado definido, todo aquello que se prestaba a divagaciones y equívocos pertenecía especialmente a su dominio.

Dio así origen al discurso *sobre la desigualdad de condiciones entre los hombres*, que causó un gran revuelo en

la época, como toda paradoja sostenida por un hombre elocuente, sobre todo si vive en Francia y es popular.

Pero al examinar la obra con calma, uno se asombra de una cosa: de cómo ha sido posible construir una obra sobre una base tan insuficiente. Ni siquiera se roza el fondo de la cuestión. No hay una idea que verdaderamente tenga que ver con la cuestión, que no sea un lugar común; es, en fin, una respuesta delirante a una pregunta formulada en sueños.

Tras una epístola dedicatoria de duración eterna y de un cómico afectado, Rousseau entra en materia.

La Academia había preguntado: 1.º *¿Cuál es el origen de la desigualdad?* 2.º *¿Se ajusta a la ley natural?* Rousseau invierte este orden, pero se cuida de dar una respuesta directa: habría faltado a su ingenio si hubiera abordado la pregunta. De hecho, la plantea de forma negativa; esa es su forma de hacer. De modo que la primera parte de su obra, en vez de ser dogmática, es puramente histórica. Supone que *la naturaleza* (este es su gran truco) creó al hombre en un estado de *animalidad*; y, en lugar de probarlo, se entretiene describiendo este estado, que para él es el estado primitivo o el estado de *naturaleza*. Para tal descripción, solo hace falta poesía. Se extiende en este punto, y llega a la página 94 antes de haber pensado siquiera en demostrar su punto de vista.

La segunda parte –que solo tiene 90 páginas– empieza en la página 95. Rousseau comienza con esta célebre frase: «El primero que, habiendo cercado un terreno, dijo ‘esto es mío’, y encontró gente lo bastante sencilla para creerlo, fue el auténtico fundador de la sociedad civil.»

Sin embargo, esta frase es solo una frase, porque la idea general de propiedad es muy anterior a la de propiedad territorial, y la sociedad es muy anterior a la agricultura. El salvaje posee su choza, su cama, sus perros, sus instrumentos de caza y pesca, igual que nosotros poseemos tierras y castillos. El tártaro *kalmouck*, el árabe del desierto tiene ideas sobre la propiedad tan claras como las del europeo: tiene sus soberanos, sus magistrados, sus leyes, su culto y, sin embargo, no considera oportuno *cercar un terreno y decir esto es mío*, porque le gusta cambiar continuamente de lugar y la idea de un pueblo nómada excluye la de la agricultura.

Podría pensarse que el autor hace aquí una distinción entre *civilización* e *instauración* de la sociedad y que solo se refiere a la primera en el pasaje citado.

Es cierto que Rousseau, que no se expresa con claridad sobre nada, puede suscitar esta duda utilizando el término equívoco de *sociedad civil*; pero esta expresión queda suficientemente explicada por lo que sigue.

«Hay muchas razones para creer –dice– que en aquel momento (cuando se decidió cercar un terreno) las cosas ya habían llegado a un punto en el que no podían seguir como estaban: porque esta idea de la propiedad, que depende de muchas ideas anteriores que solo pudieron nacer de forma sucesiva, no se formó de golpe en la mente humana: fueron necesarios mucho progreso, mucha industria y muchas ideas, que se transmitieron y aumentaron de edad en edad, antes de que se llegara a este ÚLTIMO TÉRMINO DEL ESTADO DE LA NATURALEZA.»

La idea general de la propiedad, aunque haya tardado siglos y siglos en nacer, fue, pues, el *último término del estado de naturaleza*. Por lo tanto, el pasaje citado solo se refiere a la instauración de la sociedad, ya que es el estado que siguió inmediatamente al último momento *del estado de naturaleza*. Por lo tanto, no debía decirse que la sociedad se produjo cuando el primer hombre cercó un campo, ya que es a todas luces anterior a este acto.

Así pues, Rousseau no solo establece una sincronía entre el cercamiento del primer campo y la instauración de la sociedad, sino que también la supone entre esta instauración y la idea de propiedad en general. A decir verdad, no creo que se diera cuenta de ello: había reflexionado bastante poco sobre su tema como para que esta suposición no fuera improbable.

Después de esta afirmación general, dada como axioma, Rousseau entra en detalles para mostrar mediante qué gradaciones insensibles se establece la desigualdad de condiciones entre los hombres; y he aquí las verdades que revela al mundo.

Aunque el hombre, en estado de naturaleza, tenía poco más contacto con sus congéneres que con otros animales, sin embargo, a fuerza de compararse con estos bípedos y especialmente con su *hembra*, hizo «EL IMPORTANTE DESCUBRIMIENTO de que su forma de pensar y sentir era plenamente conforme a la suya.»¹ Se reunían en manadas²

¹ *Discurso*, p. 101. [Conservamos las notas a pie de página de la edición original.]

² *Idem*, p. 102.

para cazar, un ciervo, por ejemplo, y por razones similares³; pronto encontraron piedras duras y afiladas para cortar madera y cavar en la tierra. Cansados del cobijo que les proporcionaba un árbol o una cueva, construyeron chozas con ramas, que luego untaron con arcilla y barro: «Primera revolución que formó el establecimiento y la distinción de las familias» e introdujo una forma de propiedad.⁴ Los hombres en este estado, al disfrutar de gran cantidad de tiempo libre, lo emplearon para procurarse muchas clases de comodidades desconocidas para sus padres. «Este fue el primer yugo y la primera fuente de males.»⁵ Empezaron a acercarse entre ellos. El hombre, que durante siglos se había apareado con toda sencillez, y era feliz con ello, se atrevió a amar: fue castigado por esta corrupción con los celos, y la sangre se derramó.⁶

Afortunadamente, se empezó a cantar y a bailar delante de las cabañas y alrededor de los árboles; pero he aquí otra desgracia: «El más guapo, el más fuerte, el más hábil, el más elocuente, se convirtió en el más estimado, y este fue el primer paso hacia la desigualdad y al mismo tiempo hacia el vicio.»⁷

Sin embargo, en este estado los hombres vivían «tan libres, buenos, sanos y felices como les permitía su naturaleza, pero desde el instante en que un hombre tuvo necesidad

³ *Idem*, p. 103.

⁴ *Idem*, p. 105.

⁵ *Idem*, p. 108, t. VII.

⁶ *Idem*, p. 111.

⁷ *Idem*, p. 112.

de otro, desde que se dio cuenta de que le era útil a un único hombre tener las provisiones de dos, la igualdad, ya atacada por la aristocracia de cantantes, bailarines y guapos, desapareció definitivamente, y se introdujo la propiedad.»⁸

Esta gran revolución fue producida por la metalurgia y la agricultura... «que han perdido al género humano.»⁹

Llegados a este punto, es fácil imaginar el resto¹⁰ y se acabó la historia (p. 126). Total: 30 páginas para responder a la primera pregunta, que convirtió en la segunda.

Lo que sigue es otra obra o tratado sobre el origen del gobierno y del pacto social.

Sin embargo, recapitula e identifica tres períodos distintos en el progreso de la desigualdad. El *primer término*, dice, fue *el establecimiento de la ley y la propiedad* (p. 65). Sin embargo, la aristocracia de la belleza, de la destreza, etc., fue *el primer paso hacia la desigualdad y el vicio* (p. 112), y las piedras afiladas, las cabañas de ramajes, etc., operaron también la *primera revolución*, produjeron el *primer yugo* y fueron la *fuerza de los males que han asolado* a la humanidad desde entonces (pp. 105 y 108).

De aquí que se diga que la desigualdad tuvo tres primeros momentos. El segundo fue el establecimiento de la magistratura (p. 165) o, si se prefiere, la metalurgia y la agricultura (p. 118): a escoger.

De esta manera, la desigualdad tuvo tres primeras épocas y dos segundas.

⁸ *Idem*, pp. 117-118.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Idem*, p. 126.

¡Qué análisis! ¡Qué profundidad! ¡Qué claridad!

Lo que Rousseau debería habernos dicho, al menos por aproximación, es cuánto duró el primer período en el que los hombres tenían leyes pero no magistratura, que no apareció hasta el segundo período.

El tercer periodo es único, pero notable. *Fue el cambio del poder legítimo al poder arbitrario* (p. 165).

Aquí Rousseau lleva la distracción hasta el extremo de confundir el progreso del género humano en general con el progreso de las naciones particulares.

Considera a todo el género humano como una sola nación, y lo muestra ascendiendo sucesivamente de la *animalidad* a la choza, de la choza a las leyes y la propiedad, de las leyes a la metalurgia o la magistratura, y del gobierno legítimo al despotismo.

De esto se deduce incuestionablemente que los súbditos de antiguos soberanos de Asia, de estos monarcas-dioses cuyas voluntades eran oráculos, estaban mucho mejor gobernados que los espartanos o romanos de la época de Cincinato, puesto que estaban más cerca del origen de las cosas; o que estos mismos espartanos y otros republicanos de siglos posteriores no tuvieron un gobierno legítimo porque llegaron después de la tercera época.

No se trata tanto, al contradecir a Rousseau, de probar que se equivoca cuanto de demostrar que no sabe lo que quiere probar, y esto es lo que ocurre especialmente en su discurso sobre la desigualdad de las condiciones.

Esencialmente, sostiene que la sociedad es mala y que el hombre no está hecho para este estado. Pero si se le pregunta por el estado para el que fue hecho, no sabe qué responder,

o contesta sin entenderse a sí mismo. Al fin y al cabo, se determina por el *estado de sociedad iniciado*. «Así pues –dice– las relaciones ya establecidas entre los hombres exigían de ellos cualidades diferentes de las que habían heredado de su constitución primitiva; la moral empezaba a introducirse en las acciones humanas; y siendo cada uno, ante las leyes, el único juez y vengador de las ofensas que había recibido, la bondad propia del estado puro de naturaleza ya no era la que convenía a la sociedad naciente... cuando el terror de la venganza ocupó el lugar de la moderación de las leyes.»

Este estado, en el que los hombres vivían juntos, pero sin leyes,¹¹ y en el que el terror a la venganza ocupaba el lugar de la moderación de las leyes, es, según Rousseau, el mejor estado posible.

«Cuanto más reflexionamos sobre ello –dice– más descubrimos que este estado era el menos sujeto a revoluciones, el mejor para el hombre, del que tuvo que salir únicamente por alguna funesta casualidad¹² que, por el bien

¹¹ Rousseau, que no analiza nada, confunde la ley escrita con la ley en general: por eso supone sociedades sin leyes. También supone que las leyes son anteriores a la magistratura: estas dos ideas tienen la misma fuerza. ¡Creía que el asesinato nunca se castigó antes de que existiera una ley escrita contra el asesinato! Y la costumbre en virtud de la cual se castigaba al asesino con tal o cual pena, ¿no era una ley, puesto que la costumbre no es otra cosa sino la presunta voluntad del legislador? En segundo lugar, puesto que la ley no es más que la voluntad del legislador, activada para reparar los agravios, la ley no puede concebirse sin el órgano de la ley, distinto del legislador o confundido con él. De tal suerte que la idea de ley es una idea relativa en dos sentidos, y es tan imposible concebirla sin un magistrado como sin legislador.

¹² ¡Una casualidad!

común, nunca DEBIÓ¹³ haber ocurrido. El ejemplo de los salvajes, casi todos descubiertos ya a estas alturas, parece confirmar que la raza humana fue hecha¹⁴ para permanecer para siempre en este estado; que este estado es la auténtica juventud del mundo¹⁵ y que todo el progreso posterior, en apariencia encaminado hacia la perfección del individuo, va en realidad hacia la decrepitud de la especie.»¹⁶

Ciertamente nada hay de razón en este fragmento; pero al menos parece que las ideas están claras y que Rousseau muestra un sistema fijo. En todas partes habla elogiosamente de los salvajes: en su opinión, *están muy bien gobernados*¹⁷; y todos sus ejemplos están tomados de ellos; en más de un sitio insiste en que el argumento de que se ha visto a europeos abrazar la vida de los salvajes mientras que nunca hemos visto a un salvaje abrazar la nuestra: lo que prueba, a lo sumo, es que es más fácil encontrar un bruto entre los hombres que un hombre entre los brutos; cuenta

¹³ La casualidad que DEBIÓ SER. Efectivamente, ¡estaba muy equivocado! La naturaleza tuvo que pararle para impedirle la llegada.

¹⁴ Decimos en una conversación informal: «Este hombre estaba hecho para tal o cual profesión; ¡lástima que no la siguiera!». Rousseau aprovechó esta expresión y, siguiendo su costumbre, la transportó al lenguaje filosófico. De tal manera que, he aquí un ser inteligente que hecho (aparentemente por Dios) para la vida de los salvajes, se ve arrojado a la civilización por un funesto azar (a pesar de Dios, al parecer). Esta fatal casualidad no debería haber ocurrido, o Dios debería haberse opuesto a ella; ¡pero 'nadie' cumple con su deber!

¹⁵ Rousseau confunde aquí la juventud de una nación con la juventud del mundo: es la misma estupidez que señalé más arriba.

¹⁶ *Discurso sobre las desigualdades*, p. 116.

¹⁷ *Contrato social*, l. III, cap. v.